

largo de su vida. Estos temas, cuya glosa corresponde al segundo capítulo de esta primera parte, son la filosofía, la historia y geografía y, naturalmente, la literatura. Tal curiosidad cuasi enciclopédica, que en la madurez del poeta, y a través de una dedicación que le introduce en tareas de investigación que en rigor corresponden al campo de la antropología cultural y que le llevaría a sus decisivas aportaciones sobre el cante flamenco y a su no menos básica aportación acerca de la función social de la poesía, induce a afirmar al biógrafo que «Molina fue un espíritu goethiano, un poeta y un erudito a la vez» (p. 23). Debe destacarse, asimismo, el comentario, más que crítica, de la actitud de Ricardo Molina durante la guerra civil, en la que sirvió como soldado en el bando autollamado nacional, afirmando al respecto el biógrafo que el poeta «no se decantó ideológicamente por ninguna facción. Fueron «las circunstancias» de la vida las que le depararon estar en el bando nacional. Lo contrario también podría haber sucedido» (p. 27).

En tema tan delicado, no basta, sin embargo, tan somera afirmación para definir una cuestión esencialmente compleja y polémica como la adscripción ideológica. Porque, en rigor, la misma afirmación (que las «circunstancias» les situaron en un determinado bando) podría referirse a otros muchos miles de combatientes. Esto, aún estimando correcta la afirmación puesta a seguido: «La guerra, en definitiva, le dolió a R. Molina». Pero creo que, para determinar con alguna aproximación la adhesión ideológica de una persona (en este caso, quien llegaría a ser un destacado poeta, crítico y notable investigador en algunas parcelas de la antropología cultural, como ya se ha dicho), no basta con referirse al bando en que «por casualidad» le tocó combatir, sino que habría que mencionar también, entre otros aspectos, su actitud durante los largos cuarenta años en los cuales los vencedores de la guerra gobernaron el país. Todo (es decir, la vida y la obra) parece indicar que, al menos por omisión o pasividad, Ricardo Molina estuvo adscrito, aunque fuera sin entusiasmo y sin participar en militancia alguna, al bando de los vencedores, y que paulatinamente, especialmente a partir de su básica participación en la revista «Cántico», fue acercándose a las posiciones ideológicas (cuando menos, en un sentido progresista y democrático-popular) de los vencidos en la

contienda; bando, este último, en que se situó, como es harto sabido, lo más granado de la cultura española, en general, y de la literatura en particular.

Igualmente discutible (sin merma de la valía y seriedad de todo el trabajo), dentro del estudio de la inclinación filosófica de Ricardo Molina, es la afirmación: «La doctrina del materialismo no le atrajo nunca, aunque la estudió en profundidad» (p. 36), afirmación que el autor no contrasta ni fundamenta en dato alguno, salvo esta mención que hace a seguido de un párrafo del *Diario* del poeta biografiado: «No soy partidario del materialismo histórico tal como aparece en Drapper; no creo que la vida de una nación siga el mismo proceso de la vida de un Individuo; ni que la misma ley física rijan ambos procesos». No es posible fundamentar, en una página escrita por Ricardo Molina a los veintiún años, qué grado de conocimiento o estudio tuvo acerca del materialismo, en general, y del materialismo histórico, en particular. Por lo que respecta a este último, la vida y la obra del poeta cordobés arrojan luz suficiente para afirmar que su conocimiento, si alguno tuvo, fue escaso; aunque, dada la tendencia general de la vida y la obra del poeta en sus últimos años, cabe conjeturar que si éstas se hubieran prolongado, podría haber cambiado tal situación. El materialismo histórico, por otra parte, nada tiene que ver con un desconocido Drapper, sino con las figuras fundamentales del pensamiento marxista, jamás mencionadas por Ricardo Molina en sus principales obras teóricas³.

Ricardo Molina y la revista *Cántico*

Indiscutible, en cambio, me parece la aportación realizada por el profesor De la Torre, en el capítulo III de

³ Una única y curiosa excepción, en este sentido, puede hallarse en la bibliografía final de la obra de Ricardo Molina *Función social de la poesía* (Madrid, 1971), con la mención en ella de las Obras, de Jorge Plejánov, autor que, en los últimos años del siglo XIX, hizo en Rusia aportaciones valiosas en cuanto a la difusión de la concepción materialista del mundo (el mismo Lenin las tuvo en gran estima, pese a que posteriormente Plejánov se le enfrentó, distinguiéndose como destacado dirigente menchevique), pero cuyo conocimiento no basta para acreditar por sí solo un estudio, y menos en profundidad, del materialismo histórico.

la primera parte de su obra, bajo la rúbrica «Génesis, desaparición y caracterización de la revista *Cántico* y la dirección de Ricardo Molina». Fundándose en amplia base documental, que luego reproduce en parte en el Apéndice II de la obra, José María de la Torre concluye este capítulo con la siguiente afirmación:

... el verdadero y único director de la revista cordobesa fue R. Molina. A Juan Bernier y Pablo García Baena habrá entonces que considerarlos como meros asesores, puesto que no he hallado ni un solo documento que testifique sobre su papel de «directores» (...) Ricardo Molina (sin menoscabo de la función que pudieran haber desempeñado dentro de la revista *Cántico*, ni de las cualidades poéticas —indiscutibles— de un García Baena o de Bernier), se convierte en el único y real director de la revista cordobesa. Sin él habría sido imposible su nacimiento y existencia en sus dos épocas. De tal manera es eso así, que la última causa del silencio definitivo de *Cántico* no hay que buscarla sino en la propia persona de R. Molina (pp. 60 y 61).

Esta matizada afirmación la formula el profesor biógrafo después de un análisis detallado de las vicisitudes y trayectoria de la revista cordobesa, lo que le conduce, sin eludir en ocasiones lo que podría llamarse crítica de la crítica, a corregir opiniones ajenas sobre el particular:

También los estudiosos de la revista cordobesa han tratado sobre el carácter de la misma. La cuestión básica debatida ha sido si el grupo «*Cántico*» fue un grupo que cerró sus puertas a todo poeta que no comulgara con sus ideas éticas y estéticas o no, tanto en la primera como en la segunda época, y si pretendió crear una escuela poética (p. 54).

Ambas cuestiones (pues, del propio enunciado transcrito, bien se advierte que son dos) las contesta negativamente José María de la Torre, basándose no sólo en el propio contenido de la revista, sino en otros documentos suplementarios estudiados, y que en parte reproduce. En cuanto a la dirección que, como se ha visto, atribuye en exclusiva a Ricardo Molina, el profesor De la Torre la sitúa en tres niveles, cada uno de los cuales justifica también con la correspondiente base documental: el de crítico, el de componedor y el de administrador.

Actividad diversa de Ricardo Molina

Los capítulos IV y V de la primera parte de su obra, los dedica respectivamente José María de la Torre a la

glosa de la obra poética de Ricardo Molina y a la del resto de su producción, casi toda en prosa, incluyendo, en este último capítulo, la dedicación del autor al artículo periodístico, intensa a lo largo de su vida, y a las tareas de ensayo filosófico y de investigación, sin olvidar otra actividad que también cultivó, aunque no con la altura de las anteriores: sus incursiones en la literatura dramática.

Como se ve, y he apuntado ya, el contenido de este último capítulo desborda o excede el de la tesis doctoral de que parte el presente libro, pues aquella tesis, como se advierte por su propio enunciado, se limitaba a la obra poética de Ricardo Molina, mientras que el libro se extiende a la producción total del autor. De esta ampliación se resiente quizás este estudio crítico-biográfico, pues si bien la importancia de la obra lírica de Molina justifica la amplitud con que es comentada, sus investigaciones en el ámbito del flamenco y de la sociología literaria son de tan alto nivel que quizás hubieran requerido sendos capítulos exclusivamente dedicados a estas materias. Bien es verdad que, por lo que respecta al flamenco, el autor de esta biografía-estudio, con la honradez que le caracteriza, afirma que es profano en el tema (pp. 120 y 121).

Diré, finalmente, en relación con esta primera parte de la obra, que tanto por lo que respecta a la desaparición definitiva de la revista *Cántico*, como al descenso de la producción poética de Ricardo Molina a partir de la publicación de *Corimbo* (premio Adonais de 1949), José María de la Torre deshace el lugar común de que el cuasi silencio lírico de Molina se debió a la mala acogida que por parte de la crítica tuvo esa obra. En primer lugar, prueba que esa mala crítica no fue, ni mucho menos, general; en segundo lugar, aparte de las dificultades de publicación, De la Torre aporta un género de prueba que en rigor es de general conocimiento, pese a lo cual tal lugar común sigue vigente: la ampliación de la actividad literaria e intelectual de Ricardo Molina a partir de 1950, con la intensa dedicación del poeta cordobés al mundo del flamenco y a las otras tareas de investigación ya mencionadas⁴.

⁴ Coincidiendo con la redacción de este comentario ha aparecido un breve artículo de Carlos Bousoño «(El Nobel) sorprende a

Personalidad dual y trágica

La segunda parte de la obra se articula en cuatro capítulos, todo de gran interés y bajo los siguientes epígrafes: el I, «La oscilación pagana-cristiana»; el II, «El conflicto sentimental y erótico-amoroso»; el III, «Aptitud y actitud musicales»; el IV y más amplio, «Los discursos teórico-crítico literario y poético».

Bien se advierte que es en los temas enunciados en los dos primeros capítulos en los que se manifiesta más intensamente la que, desde el principio de esta obra, como ya he señalado, De la Torre califica como la personalidad «dual y trágica» de Ricardo Molina.

Por lo que respecta a la dualidad ideológico-religiosa, las investigaciones de De la Torre (siempre, debo insistir, apoyadas en sólida base documental, aparte del que invariablemente será el «documento» fundamental: la propia obra poética de Molina) le llevan a sentar la siguiente postura:

En suma, la conciencia religiosa de R. Molina oscila entre el paganismo y el cristianismo desde su juventud hasta la muerte. No hay, pues, «conversiones». Su movimiento es el del péndulo, porque se entrega ya a lo pagano, ya a lo cristiano, con la misma intensidad y fervor. Pero, situado en uno de los dos polos, siéntese atraído por el olvidado. Asimismo, tal oscilación religiosa adquirirá tonos estoicos y escépticos al final de sus años. Por último, el conflicto entre paganismo y cristianismo de R. Molina se asienta en la imposibilidad de armonizar las dos morales: helénica y judeo-cristiana. Abonan esta postura el seno católico familiar y tradicional en que nace el poeta y su formación humanística, alimentada por la amistad de Juan Bernier (p. 142).

Poco después, y finalizando el capítulo, el propio De la Torre resume atribuyendo al poeta una decantación clara por uno de los elementos del conflicto: «No obstante, nuestro escritor es interiormente más cristiano que pagano» (p. 146). En este capítulo, además, como ya ha hecho en el correspondiente al carácter de «Cántico» y a las causas de su desaparición, De la Torre se dedica a corregir, en unos casos, y a negar, en otros, opiniones diversas de los estudiosos que han tratado similar aspecto en Ricardo Molina: Guillermo Carnero, Carlos Clementson y Abelardo Linares, negando abiertamente la afirmación del primero en lo que respecta a considerar a Molina el poeta de *Cántico* que muestra mayor contaminación con la ideología oficial de la

España de postguerra, y que la poesía religiosa moliniana estuviera inducida por la moda de la época. En cualquier caso, De la Torre defiende el carácter genuino, realmente sentido y vivido, y nunca secundario (en contra de la opinión de Linares), de la poesía religiosa de Molina, sin perjuicio de admitir que, en alguna ocasión (y aquí se aparta de la opinión de Clementson), Molina incurrió también en lo tremebundo (p. 144).

No menos interés, como claramente se desprende del enunciado, alcanza la materia del capítulo II de esta segunda parte, relativo a la manifestación de la «trágica dualidad» de Ricardo Molina a través del fundamental aspecto de sus inclinaciones eróticas. Si bien De la Torre, como a todo lo largo de su obra, realiza aquí interesantes aportaciones y, por otra parte, la exégesis de los poemas aducidos es acertada, se advierte una cierta timidez al afrontar el tema, como lo revela la propia terminología empleada (ortodoxia y heterodoxia sentimental). El lector de la poesía moliniana echará, quizás, en falta, un mayor desarrollo de este aspecto básico en la vida y en la obra poética del poeta de *Puente Genil*.

Destaca De la Torre, en el Capítulo III de la segunda parte, la importancia que la música tuvo en la vida y en la obra de Ricardo Molina. Se trata, al igual que en el

Vicente Aleixandre. *Diario El Mundo*, Historia de la Democracia, Capítulo 10, pág. 242), en el que se expone, con un criterio carente de ponderación, una opinión basada en razones histórico-ideológicas para explicar el supuesto silencio de los poetas de *Cántico*, silencio que, como prueba José María de la Torre, por lo que respecta a Ricardo Molina, figura principal del grupo, jamás existió con el carácter absoluto que por algunos se pretende. De la Torre únicamente hace referencia al silencio «público» de R. Molina, y prueba suficientemente que jamás cesó en el cultivo de la poesía, produciéndose solamente un descenso en su creación, debido, entre otros motivos documentados, a la ampliación de la actividad del poeta a diversos campos de la literatura y la investigación. Dice Bousoño: «En términos generales puede afirmarse que la capacidad de crear disminuye claramente con el desánimo. Cuando una tendencia literaria no tiene éxito a pesar de su valía, esa tendencia suele apagarse pronto. Piénsese en el grupo de *Cántico*, al que esterilizó por completo en su conjunto la atención exclusiva hacia la poesía social. Estuvieron todos sus miembros sin escribir durante nada menos que veinte años, y sólo cuando de nuevo los ojos se volvieron hacia lo que éstos habían hecho hacía tanto tiempo, el grupo en su totalidad recuperó la escritura».

Parece evidente que esta opinión de tan ilustre crítico y maestro de críticos, para que contuviera un mínimo de verdad histórica, habría de implicar, entre otros presupuestos, que jamás existió un poeta llamado Ricardo Molina.